

**BASES HISTÓRICAS Y ANTROPOLÓGICAS CONCEPTUALES DEL DEPORTE.****Historical and anthropological conceptual foundations of sport**

Autores: M^º Jesús Bazaco Belmonte¹ y Eduardo Segarra Vicens²

Universidad de Murcia. Contacto: ¹ mjbazaco@um.es, ² esegarra@um.es

Enviado: 03/septiembre/2012

Aceptado: 12/octubre/2012

Resumen

El deporte es uno de los fenómenos culturales más importantes de la sociedad actual. Por ello, con el presente trabajo se pretende dar una visión sobre historia y presente del mismo, así como valorar el legado educativo que aporta al contexto pedagógico.

Palabras clave: deporte, historia, sociedad actual, contexto pedagógico.

Abstract

Sport is one of the most important cultural phenomena of modern society. Therefore, the present work is to provide insights into past and present of it, and assess the educational legacy that contributes to the pedagogical context.

KeyWords: sport, history, contemporary society, pedagogical context.

EL HOMBRE Y EL DEPORTE

Es muy difícil poner en entredicho la frecuente afirmación, escuchada, observada o leída también en cualquiera de los medios de comunicación de las sociedades contemporáneas, sobre el mundo del deporte: *“El deporte es uno de los fenómenos culturales más importantes de la sociedad actual; puede afirmarse que si no es el más relevante poco falta para serlo y no sólo por lo que a aspectos estrictamente físicos se refiere sino también por las dimensiones económicas, políticas, sociales, culturales y educativas que connotan”* (Bourdieu, 1996).

La afirmación del sociólogo francés Bourdieu tiene sentido en una sociedad que cultiva el cuerpo y tiene medios para hacerlo, no escatimando ningún recurso para propiciar, ya sea por la vía del cuidado médico preventivo, por la vía del reforzamiento terapéutico, o por la vía de su práctica diversa, el hecho de que el deporte se ha convertido en un fenómeno social de tal magnitud y relevancia que no tiene parangón con otros avances dados por la especie humana desde su propia plataforma psicofísica, revertiendo directamente sobre ella misma. A este respecto escribe el antropólogo Albert Egan: *“¿Qué será del hombre? ¿Y del medio en el que sigue siendo el protagonista? Desde sí mismo, el cuerpo activado, piénsese en el deporte, trabaja para su mejora. Si los productos creados “externamente” para progresar en la economía y en la formación pueden un día volverse contra él no es el caso de aquellos procesos en los que el cuerpo humano crea y participa activamente: la actividad física corporal, puede ser en una sociedad tan confusa y cambiante como la nuestra, la condición clave de su salud mental”* (Egan, 1995).

El deporte, pues, sirve para potenciar los cuerpos y equilibrar las mentes en sociedades caracterizadas, hoy, no sólo por el cambio sino por el grado de cambio exigiendo de la capacidad humana una *teoría de la adaptación* capaz de evitar el desastre y promover toda una serie de actividades que ponga al hombre y a la mujer de nuestro tiempo al ritmo y nivel de los continuos cambios sociales. En esta teoría de la adaptación, propuesta por Toffler (1984) en *El shock del futuro*, el deporte puede ser uno de los grandes instrumentos por excelencia, no externos a la propia naturaleza humana, que podía colaborar *“a mejorar el ritmo de la especie”*. Es una respuesta por la supervivencia desde ella misma: las personas no necesitan básicamente artilugios para recrear continuamente la actividad física. Les basta con su cuerpo. Si utilizan artefactos, para ayudarse a hacer deporte, es porque, como afirma Ghelen (1980), otro antropólogo, además de un *“ser indeterminado”*, el hombre es también *“un artifex”* capaz de construir, por ese cerebro *“trascendido”* que tiene, todos los medios que sean para satisfacer sus necesidades, sacar más provecho a su cuerpo o, en su defecto, cuando radicaliza esta posición, para llevarlo a su situación más extrema.

El deporte es, por tanto, junto al desarrollo postindustrial que caracteriza las sociedades avanzadas, el tercer acontecimiento que clarifica, junto a otros fenómenos sociales de menor envergadura, el modo de ser de tales sociedades. Si los dos anteriores son productos que se confirman empírica y externamente a su dinámica cotidiana, es decir son instrumentos materiales independientes de él pero creados por la *“hiperactividad racional de su cerebro”* para responder a sus demandas, en cambio, la actividad física cultivada y reglada, retraducida en dinámica deportiva dirigida y

organizada con distintas finalidades más o menos específicas, es el reflejo del poder afirmativo existencial que los hombres y mujeres dan a sus cuerpos para mostrarse vivos y resistirse, lo más duramente posible, a los coletazos de la muerte.

El deporte es una actividad vital propia de la especie humana que se recrea una y otra vez en aquellos que la practican personalmente y se realiza, públicamente, a través de las reglas que los colectivos y los pueblos deciden darse para llevarla a cabo. Una actividad que se ejecuta con intenciones meramente físicas, fortalecer un cuerpo, aunque sus consecuencias y sus logros nunca se reducen a este nivel, pero también con metas psicológicas, intentando corregir desequilibrios sociales, fomentando la solidaridad y utilizando el deporte como lugar de encuentro, o impulsando, cuando se cree necesario, la inserción social. La gama de motivos es variada, y variada también la respuesta ya que, en muchos casos, el deporte competitivo arrastra, una violencia inusitada contraria al espíritu deportivo de inicio que enturbia su naturaleza esencialmente antropológica.

LA PERVERSIÓN SOCIAL DEL DEPORTE

Si *“el deporte es una propiedad metafísica del hombre”* (Cagigal, 1996) no quiere decir ello que toda la actividad que despliega a lo largo de su vida es deportiva, ni, tampoco, que tal deporte contribuya a su realización antropológica y social. Es verdad que *“dondequiera que se da el hombre se da el deporte y sólo en el hombre se puede concebir”* (Cagigal, 1996), pero cuando este supuesto antropológico va a determinarse concretamente, a encarnarse en actividad física que los hombres y mujeres pueden realizar, no siempre termina cumpliendo esta finalidad socializadora y humanística. Por varias razones, la primera de ellas, es porque, como en toda actividad humana, puede pervertirse el sentido y significado de este supuesto metafísico-antropológico. Por otro, porque la historia y la realidad social contemporánea nos muestran que esa perversión toma cuerpo con mucha frecuencia convirtiendo al deporte en un mero espectáculo traducido por el valor del dinero, el negocio, los objetivos publicitarios y políticos, el profesionalismo radicalizado y burocratizado (Barrea, 1984), y otra gama de intereses espurios que poco o nada tienen que ver con la naturaleza de esta actividad humana.

De cuanto se ha escrito, del deporte pueden extraerse algunos de los rasgos que caracterizan *la perversión* de sus auténticas funciones educativas y socializadoras por las que deja de ser un medio de perfeccionamiento personal, una experiencia ética que potencia el encuentro entre las personas y una construcción cultural que da cuenta del avance de la especie. Así se puede leer que: a) Alrededor del deporte, en sus manifestaciones más concretas, funciona toda una gama de mecanismos políticos, económicos, sociales y culturales que corrompen y prostituyen ésta exigencia antropológica fundamental; b) El deporte, como banderín de enganche cultural y relacional entre los seres humanos y los pueblos, se está convirtiendo en un puro espectáculo, en un montaje alimentado por los grupos de presión y los medios de formación, que deriva en un circuito consumista y circense, donde la búsqueda de notoriedad y dinero, la explotación del ser, susceptible de intercambio mercantil, impera por encima de otros elementos culturales y éticos, en el que es difícil identificar los auténticos valores deportivos que en el pasado actuaron como guía orientadora de la vida social cotidiana de la ciudadanía; c) Que este espectáculo provocador de mitos que se deforman tan rápido como se configuraron, de fetiches alienadores y seguimientos

ciegos, que anulan más que afirman la personalidad de muchos de los involucrados, esta concepción del deporte, como se ha escrito, cada vez se aleja más de aquella otra que propicia el juego limpio, la vivencia espontánea, la experiencia participativa y educadora, el diálogo con los que nos rodean, la realización humanizadora que se podría obtener del mismo. “*El deporte es un eficaz recurso para que el individuo biológico se convierta en individuo social*” (Petrus, 1997); y d) El deporte moderno, propio de la sociedad competitiva de nuestro tiempo, caracterizada por el predominio de valores mercantiles, esta radicalizando el agonismo clásico de los griegos en un competitivismo feroz que daña la calidad de vida y la promoción del ser humano. Muchos factores están interviniendo en esta radical concepción de la competitividad en el deporte que, más allá de toda racionalidad y sentido común, se enseñorea y gobierna los estadios.

La motivación personal por hacer deporte deviene, en este sentido, en obsesión por ganar mientras se inutilizan las posibilidades de ser tolerantes y aprender las normas, los valores y las actitudes propias de la relación abierta y la convivencia; la educación sea en la escuela o fuera de ella, en el mundo del ocio o en el de la institución específica que tiene como objeto último la realización del deporte, es groseramente reducida a un recurso, directamente o indirectamente, que potencia la competitividad mientras va convirtiendo el juego limpio, el *fair play*, al fin y al cabo el rasgo que mejor caracteriza al auténtico deporte, en una esperanzada utopía; y la cultura deportiva, que debería fomentar el deporte con miras a la integración social de los ciudadanos y a encarnar las tendencias educadoras de la sociedad, no ha hecho otra cosa, no hace en gran medida otra cosa por decirlo audazmente, que reflejar o servir al darwinismo económico, político y social persistente en las geografías desarrolladas. Y sin embargo, siendo conscientes de estas modas negativas que explican la fenomenología deportiva actual, el deporte sigue teniendo muchas ventajas, encierra muchas virtualidades aún bastante desconocidas e inexploradas, y es un recurso educativo de potencialidades todavía no identificadas en todos sus aspectos, siendo un motor de aprendizaje fundamental para promover la cohesión social y la vida democrática.

BUCEANDO EN EL DEPORTE: INVESTIGACIÓN E HISTORIA

Se ha podido constatar que si bien el hombre es, antropológicamente expresado, un ser deportivo, también hemos podido saber que tales características encuentran su encarnación, de una manera u otra, en cada tiempo y lugar, a lo largo de la historia. La historia del deporte nos muestra una visión distinta, una fenomenología diferente de entender la práctica educativa y de cómo llevarla a cabo. La prehistoria del deporte tiene una significatividad distinta acerca de la actividad física, una “*sencillez corporal y estética*” que no ha persistido, a grandes rasgos, en el deporte actual, de características más complejas en su organización tanto como en su ejecución, acompañada ésta con frecuencia de una tecnología cada vez más sofisticada que, si bien busca superar límites y récord en pos de la ansiada victoria, también es cierto ha ido despojando al cuerpo de su compromiso para que el esfuerzo del ser humano no reciba otra ayuda que la propia capacidad y automotivación que pone él en la tarea, muy al contrario, ya sea de factura química, tecnológica, artesanal, o sea cual sea ésta hoy la actividad física suele venir acompañada, es verdad que en unos deportes más que en otros, de todo tipo de medios y recursos que impelen a las personas a lograr, en muchos casos, el éxito. Y no necesita

especificarse que, en no pocas veces, estos medios son ilegales y, además, generan situaciones artificiales en el cuerpo que son extraños, en todos los casos, al ritmo biológico consustancial a la naturaleza personal de quienes los utilizan (Frayssinet, 1988). De esta manera, ahondando en la cuestión planteada, se puede analizar el fenómeno de los Juegos Olímpicos desde su concepción en la Grecia Clásica, inspirador del eslogan moderno del Padre Didon, convertido en mensaje y divisa olímpica: *Citius, Altius, Fortius*, formador de valores aún deseables, o quizás, mejor expresado, más deseables que nunca para el deporte actual.

Evidentemente los tiempos no han pasado en vano y entre aquellos juegos y los ahora realizados existen diferencias muy claras, las mismas que se constatan en las sociedades donde se enmarcan: los valores economicistas y mercantiles predominantes en el mundo actual, la fuerza de los medios de comunicación que convierten en espectáculo todo lo que tocan, en donde el deporte es un *alimento* fundamental para transmitir información pero también para crear opinión, la publicidad desviada buscando el consumo y haciendo, con frecuencia, del deporte un montaje alienador sujeto a los vaivenes de los expertos en marketing, la superestructura organizativa, tan política como burocrática, que pone de manifiesto los diversos intereses en juego. Todas estas variables, y bastantes otras más, permiten que entendamos las diferencias existentes entre los Juegos realizados en la Grecia Antigua, o en Bizancio y Costwold, como los que se pudo observar, después de la Segunda Guerra Mundial, en Londres (1948), Roma (1960), Tokio (1964) o Sydney (2000).

El pasado, por el hecho de serlo, no es mejor que el presente ni tiene porqué anunciarse superior al futuro. Este planteamiento atraviesa este escrito, pero también apuesta por recuperar valores que puedan hacer más cálido nuestro presente y mejorar nuestra calidad de vida. Y sabemos que el deporte puede contribuir a lograrlo. Por ello tres preguntas dirigen este planteamiento:

- a) ¿Qué es lo que se conoce del mundo del deporte? Al parecer *“su cara más consumista”*. Y sobre todo: ¿Qué es lo que nos queda por descubrir de él? Según Bourdieu (1996), queda mucho por desvelar: *“Apenas hemos explotado los aspectos educativos en donde lo mental y lo corporal están relacionados”*.
- b) ¿Cuál puede ser la contribución de la investigación histórica a conseguir el objetivo de ampliar nuestra visión del deporte y, con ella, aumentar nuestra comprensión sobre cómo utilizar este excelente medio para interpretar y reconducir más adecuadamente nuestra vida y hacer más relacional y convivencial nuestra cultura y sociedad? De otro modo más directo: ¿Qué valores podemos encontrar en el deporte tradicional, el deporte recorrido a través de la historia que puedan cooperar en la construcción de una idea más integral del deporte y a elaborar propuestas educativas que lo propicien y lo fomenten?
- c) ¿Qué valores pedagógicos y educativos se encuentran en el deporte olímpico que hayan permanecido, desde su origen, como tales valores y de qué modo forman parte del universo deportivo actual?, ¿Existen y se pueden identificar en la sociología del deporte contemporáneo? ¿Y en cualquiera de las otras dimensiones del Olimpismo actual?, ¿Se puede constatar alguna relación entre los valores del deporte olímpico y el que no lo es?, ¿Y si se manifiesta una interacción fértil entre ellos? ¿Es posible, por lo tanto, que el Olimpismo encierre, más allá de las imágenes *gigantescas* que conocemos, toda una gama de valores auténticamente

deportivos, en su sentido más auténtico y menos consumista, susceptibles de ser tenidos en cuenta por materia educativa del deporte que promociona el desarrollo personal y la convivencia social y tolerante entre las personas?

Para responderlas es preciso adentrarse en el pasado, escrutar, analizar e interpretar los textos que dan cuenta del origen y evolución del deporte olímpico en el tiempo, con el fin de identificar las virtualidades apuntadas

EL DEPORTE EDUCATIVO PARA LA HISTORIA DE LA PEDAGOGÍA

“El estudio histórico tiene valor por sí mismo” (Delameau, 1973; Mauro, 1975; Fohlen, 1977). Es decir, además de la finalidad propiamente histórica, la de recobrar una perspectiva que de sentido y significatividad al pasado, la presente reflexión intenta contribuir a la formación de una teoría del deporte actual, fundamentalmente educativa y social.

La historia nos muestra que ninguna praxis social y personal, y el deporte y la educación lo son, puede justificarse por sí misma. Todas se llevan a cabo en marcos políticos-económicos culturales y sociales que las explican y permiten comprenderlas. La educación, como práctica social, pero también el deporte, deben enfocarse bajo esta perspectiva. Una y otra pueden formar parte de la *historia de la pedagogía*. Sabemos, de alguna manera, lo que la educación ha contribuido a enriquecer el discurso histórico sobre la pedagogía, ya que algunos estudiosos se han preocupado de realizar esta labor, pero desconocemos en qué medida el deporte lo ha hecho, entre otras razones porque el deporte no ha sido frecuentemente concebido, exclusivamente, como una actividad educativa. Y desde luego estas consideraciones son aún más ciertas cuando hacemos referencia al deporte olímpico. Decíamos que queda mucha tarea por delante y no íbamos desencaminados: Una historia del deporte en general y el olímpico en particular podría robustecer la historia de la educación y, en ella, la historia de la pedagogía. El pasado puede quedarnos más clarificado pero también el presente. *“La historia de la educación aclara el estado actual de las cosas. Nos enseña cómo debe entenderse la situación presente y cómo debe ser evaluada como resultado de un proceso histórico”* (Bockelman, 1979).

Historia y Presente: El Legado Griego.

El ejemplo griego es paradigmático y pone de manifiesto nuestras anteriores afirmaciones. El conocimiento de la historia del agón atlético griego reviste un especial interés, hoy, a la vista del extraordinario desarrollo que el deporte moderno ha experimentado en los últimos cien años con la renovación de los Juegos Olímpicos. Hay sorprendentes semejanzas entre la competición griega y el deporte moderno, más allá de las diferencias contextuales bastante acentuadas en el tiempo que distancia el pasado griego y el presente postindustrial. Pero ambas actividades, tanto las realizadas en la competición griega como las ejecutadas en el deporte moderno, presentan algunas *coincidencias notables*: son de alcance más o menos local en su origen; se propagan por todo el orbe conocido; forman parte del sistema de enseñanza; una enseñanza que en

Grecia se lleva a cabo desde la palestra y el gimnasio, y en la *Actualidad* se intenta acentuar los valores educativos del deporte moderno (incluido el olímpico) integrándolo en los centros de enseñanza y clubes deportivos; ambos alcanzan máxima popularidad y atraen millares de espectadores; los dos tipos de deporte, el griego y el actual, interesan y preocupan a los poderes públicos; y, ambos conocen, también, el gigantismo.

Pero las coincidencias no acaban aquí. En el exceso "*los tiempos también se tocan*". Los excesos y la corrupción no son fruto exclusivo del presente mientras pensamos que, cualquier pasado fue mejor. Los signos del pasado siguen observándose en el presente y las denuncias de Jenófanes o Eurípides mantienen la filosofía y el espíritu de lo que se comete hoy: Hipertrofia de la competición; Mismo culto a los campeones; Fuerte apoyo en la publicidad; Mismo relieve otorgado al deporte más allá de toda justa proporción; Misma tendencia a la especialización y al profesionalismo; y, presencia constatada de dopaje.

Evidentemente son rasgos amplios que se aprecian tanto en la Grecia Clásica como en el mundo moderno; pero estas características se diferencian en nivel y grado, en calidad y cantidad, mediatizadas y tipificadas por los miles de años que se encuentran desde el origen de los deportes en Grecia hasta hoy. Así y todo, el deporte se convirtió, se convierte con mucha frecuencia, en un fin en sí mismo si lo desposeemos de los valores que preconiza el auténtico ideal olímpico emanado de la competitividad que se encuentra alrededor del *Fair Play*. Deporte y educación estaban más unidos de lo que se ha pensado. El valor práctico del ejercicio físico era muy educativo. El ideal atlético de la Grecia Antigua fundamentado en el concepto caballeresco expuesto por Homero, base y fundamento del Olimpismo moderno, se debió en gran parte al carácter práctico de las actividades agónicas. Todo griego tenía que estar preparado en cualquier momento para la defensa o el ataque militar; la historia griega está saturada de guerras, guerras entre facciones, guerras entre Estados, guerras entre los invasores; y esas guerras no distinguían entre combatientes y no combatientes, por ello todo ciudadano era un soldado para quien la preparación física era una absoluta necesidad. De ahí que las prácticas atléticas fueran admirablemente calculadas para capacitarle físicamente: la carrera y el salto lo hacían ágil y veloz, los lanzamientos de disco y jabalina entrenaban el brazo y la vista para el uso de las armas, la lucha y el pugilato le enseñaban a defenderse en el combate cuerpo a cuerpo.

Hay que verlo con distancia antropológica y diferente sociedad, pero ni con ello se puede obviar el valor práctico de tales ejercicios y la importancia que tenían en la *educación griega*, en donde los agones físicos entrenaban el cuerpo y la música entrenaba el espíritu, sin que entre ambos hubiera separación artificial alguna.

En cualquier caso la tradición tuvo su peculiar evolución. Desde muy antiguo, tal y como hemos expuesto, las competiciones griegas estuvieron vinculadas con las fiestas funerarias o religiosas, y religioso es el origen de los grandes Juegos Panhelénicos que se celebraban en Corinto, Delfos y Nemea, y el más importante de Olimpia. Pero estos ideales agónicos griegos, educativos y formativos, con carácter utilitario, heredados de la tradición homérica, se prolongaron sólo hasta la etapa Clásica; a partir de la época Helenística la excesiva importancia atribuida a la fuerza corporal y al ansia de triunfo condujo a la especialización y al profesionalismo. A partir de entonces el agón atlético, super-desarrollado y super-especializado, se convirtió en monopolio de una clase, dejando de vigorizar la vida nacional. Los viejos Juegos, en los que todos competían en amistosa y honorable rivalidad, cedieron el paso a exhibiciones profesionales en las que

se compraban y vendían las victorias. Lo verdaderamente admirable del caso, es que a pesar de la corrupción y de las vicisitudes que atravesó Grecia, los Juegos sobrevivieron durante más de mil doscientos años; y es que el legendario y tradicional espíritu agonal nunca se perdió del todo y reaparecía de vez en cuando en diferentes lugares del mundo griego, hasta que bajo el patrocinio de los Antónimos, en el Imperio Romano, recobró algún parecido con los viejos y gloriosos tiempos pasados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bockelmann, H. (1979). Pedagogía: Educación, ciencia de la formación. En: Speck y Whele. Manual de pedagogía. Madrid: Verbum.
- Bourdieu, P. (1996). Sur la televisión. París: Liber.
- Cagigal, J.M. (1996). Obras Selectas. Madrid: Comité Olímpico Español.
- Delumeau, J. (1973). El catolicismo de Lutero y Voltaire. Barcelona: Labor.
- Fohlen, C. (1977). La América anglosajona. De 1815 a nuestros días. Barcelona: Labor.
- Frayssinet (1998). Labureauulqtm. Paris: BergerLevrault.
- Mauro, F. (1975). La expansión europea. Barcelona: Labor.
- Petrus, A. (1997). Fair Play en el deporte escolar. I Seminario sobre Fair Play en el deporte escolar. Murcia: Ayuntamiento de Murcia.
- Toffler, A. (1984). El shock del futuro. Barcelona: Plaza y Janes.